

**La fe como posibilidad de redención
en el mundo pagano:
el caso de Lucio e Isis.**

Elbia Difabio
Universidad Nacional de Cuyo
Argentina

La *Metamorfosis* o *El Asno de Oro*, única novela latina que se conserva completa, es una secuencia inusitada de tropiezos y yerros humanos, donde la picardía, el desenfreno, la insolencia, la crueldad, el robo y la traición, el engaño y la hechicería, la desconfianza y la infidelidad conyugal, en síntesis, la peor faceta del hombre, la más abyecta y depravada, aparece descarnadamente y sin disimulo, con picos máximos de necesidad, degradación y despropósito.

Seguramente por eso, cuando el protagonista Lucio recupera su forma, no se contenta con haber conseguido por fin el antiguo aspecto: ha vivenciado tantas transgresiones al orden y a la dignidad inherentes al género humano, que su transformación más significativa implica una elevación espiritual, gracias a su encuentro –inolvidable, espléndido– con Isis, la de “los más diversos nombres” (XI 5. 1.), cuyo culto, popular y fervoroso, ya había traspasado las fronteras egipcias.

La gran maga y su culto:

Ἴσις o **Εἰσις** -transcripción griega de *Iset*, *Ast*-, fue asimilando gracias al sincretismo religioso de la época imperial otras divinidades como Ío, Prosérpina, Hera, Selene, Ceres, Venus. Sin embargo, el proceso de recepción de su culto se había iniciado con la conquista de Egipto y ya estaba firmemente asentado hacia el final de la república. Con Fortuna -la *Τύχη* helena- nace una figura mixta, *Isitique*, encarnación del poder, mitad providencia mitad casualidad, al que está sometido el mundo (Pausanias IV

30. 4). Índices de su aceptación en latitudes diversas son los epítetos que la adornan: entre ellos, *Taposirias*, *Memphitis*, *Aigyptia*, *Pharia*.

La dimensión comunitaria del culto -propia de toda observancia religiosa- significa una simbiosis entre lo social, lo político y lo religioso. Pues bien, en el caso de Isis, se recordaba anualmente el drama-resurrección de Osiris y la enternecedora y primordial intervención de la esposa divina con ayunos y fiestas, con oblaciones y sacrificios, con procesiones y cánticos de los que queda una minuciosa descripción en Apuleyo. Se han conservado además diez himnos, incluido el de Lucio, en alabanza a la diosa.

Su culto entre griegos y romanos:

A partir de la fundación de Alejandría (332 a. C.), se extendió por el mundo antiguo. En Atenas, hacia el 350 y con la autorización de la Asamblea, los mercaderes egipcios erigieron un santuario en el Pireo y, aunque vedaba la participación de los ciudadanos atenienses, más tarde se canceló tal prohibición. También se la adoraba con Serapis en el *Serapeum*, fundado al pie de la Acrópolis, hacia 285 a. C.

A fines del siglo II a. C., llegó desde Delos a Italia por Sicilia y el sur de Italia, en principio restringido a esclavos y libertos pero se difundió pronto y, pese a que el Senado intentó frenarlo, alcanzó el centro y norte de la península. El *Isium Metellinum* (75-50), privado, y un santuario ilegal en el Capitolio fueron demolidos en 53 a. C. El primer templo público, el *Iseum Campense*, data del 43 a. C. Calígula (37-41) dio gran impulso al culto en Roma y lo estableció solemnemente incluso en círculos superiores y, gracias a Caracalla (211-217), hubo otro templo en el Quirinal.

Según la documentación conservada, se celebraban procesiones en honor de Isis a fines del siglo IV. Tan notable y dilatado en tiempo y geografía fue el fervor popular que, en calidad de protectora de viandantes, la diosa alcanzó incluso hasta el río Rin, y por iniciativa del emperador Justiniano I (527-565) se transformó en iglesia cristiana su principal centro de devoción en el extremo meridional del valle del Nilo.

¿Qué motiva la creciente adhesión a Isis? Se han discutido varias hipótesis, entre ellas, su atractivo como divinidad de una religión tolerante, en especial por transmisión de metecos exitosos; la combinación entre la dependencia a sus reglas y la libertad ante el destino; la perspectiva positiva ante la sexualidad femenina que se plasmó en gran cantidad de seguidoras.

Episodios isíacos de la tradición grecorromana:

Existen casos míticos muy significativos para una mejor semblanza de la diosa. La tríada que a continuación se explica, ha sido elegida por varios motivos, entre ellos porque refleja los rasgos divinos distintivos (astucia, tenacidad e inteligencia); en segundo lugar, porque sus actos son claves: resucita, salva la vida e inmortaliza (o por lo menos intenta inmortalizar) -pero también sacrifica-; en tercer lugar, porque sus funciones en el período helenístico y romano se simplifican a tres (protectora de mujeres y matrimonio, diosa de la maternidad y del recién nacido, garante de la fertilidad de los campos y de la abundancia de la cosecha), y dos de esos roles aparecen sin rodeos en estos relatos; y, finalmente, porque muestra realidades geográficas y sociales distintas, por ejemplo, el mundo de los poderosos (reyes) y el del pueblo.

En las tres historias Isis se comunica de manera excluyente con mujeres (Nemanús, Teletusa, Garmatone); las tres narraciones hablan de hijos y se ambientan respectivamente en Biblos y Festo, evidencia de la poderosa penetración de esta creencia, y su lugar natal, Egipto. Con respecto a Biblos, el intercambio de mitos con Egipto fue fluido, en especial a causa de una vigorosa relación comercial, conexión que no se observa con las demás ciudades de la costa fenicia: Biblos le vende madera y resina, esta última imprescindible para embalsamar los cadáveres.

Analicemos la primera referencia. Nemanús (Νεμῶνοῦς) -en otras versiones, Astarté-, esposa de Malcandro, monarca de Biblos, en Líbano, recibe a la diosa cuando esta, en actitud doliente (rapada y rasgadas las vestiduras), va buscando el cuerpo de Osiris. El ataúd ha quedado sobre la copa de un magnífico brezo -en otras variantes, tamarindo; ambos medicinales-. Malcandro lo tala para transformarlo en columna de su palacio, de modo que el féretro tiene un nuevo destino del que la diosa se peca cuando le llegan rumores de las intensas fragancias que emanan del árbol. Entonces la divina viuda se relaciona primero con las criadas y les entrega un perfume tan exquisito que despierta la curiosidad de la reina. Nemanús la toma entonces como nodriza de su hijo menor y por la noche, la ocasional niñera no solo lo expone al fuego para volverlo eterno (el mismo patrón de Tetis-Aquiles y Deméter-Demofonte), sino que también lo alimenta introduciendo su divino dedo en la boca infantil. Mientras tanto, en forma de golondrina, revolotea -profiriendo gritos quejumbrosos- alrededor del pilar donde se halla escondida involuntariamente la caja mortuoria. Un día Nemanús presencia aterrada la escena. Isis se da a conocer, detiene el proceso de inmortalización y revela la causa de su presencia en la ciudad. Sin demora los soberanos le devuelven

a Osiris. El episodio concluye con la muerte del hijo mayor, quien parte con Isis pero es fulminado porque, indiscreto, la descubre lamentándose sobre el cadáver rescatado.

Por su parte, Teletusa y su esposo Ligdo son cretenses establecidos en Festo. A punto de dar a luz, Ligdo ordena a su mujer que si se trata de una niña debe ser expuesta. Sin embargo, Isis se aparece y le exige que no desampare al recién nacido, cualquiera sea el sexo. Respetada la orden, la hijita, con el nombre *ex profeso* ambiguo de Ifis, crece vestida con ropas masculinas. Pasa el tiempo y una vecina se enamora de ella, convencida -como el resto- de que es varón. El fin de la narración es feliz: a pedido de la madre, la divinidad transforma a la joven en muchacho para que se concrete la boda.

En la tercera historia, la diosa se manifiesta en forma de visión, como lo hará ante el Lucio de Apuleyo.

En cuanto a Γαρμαθώνη, es también esposa de rey, esta vez de Egipto, cuna de la diosa, y acaba de perder a su hijo Crisócoas. A pesar del profundo dolor, recibe con hospitalidad a la diosa, que se ha presentado en su casa. Ante el proceder de Garmatone, Isis la recompensa devolviendo la vida al niño.

El mago equivocado:

Tres son los antecedentes antiguos de este personaje transfigurado en asno, los tres del siglo II: el poeta satírico griego Luciano de Samosata, en *Lucio o el asno*; el biógrafo y ensayista griego Plutarco (c. 40-120 d. C.), con su *Sobre Isis y Osiris* (Περὶ Ἰσιδος καὶ Ὀσίριδος) y, el más importante, el novelista africano latino con su *Apulei Madaurensis Metamorphoseon*.

¿Es Lucio un nombre parlante? (Luciano especifica Lucio de Patras.) La vinculación con *lux*, *lucis* es por demás sencilla. ¿Es él un iluminado, un ser que alcanzó la luz -en sentido pleno- gracias a la oscuridad anterior padecida?

Excede el propósito de este trabajo la consideración -por otro lado, muy debatida y sin atisbos de solución definitiva- concerniente a la posible influencia de Luciano sobre Apuleyo o viceversa, o bien la existencia de una tercera fuente antigua sobre la que abrevan los dos anteriores. Simplemente interesa enfatizar que la obra de Luciano termina de una manera más mundana, con la negativa de la mujer a aceptarlo ahora en su forma de hombre. No hay indicación alguna a misterios isíacos.

Apuleyo, en cambio, prepara una atmósfera sin igual y concluye la novela de modo único. El joven ha llegado a Cencreas, puerto en el Golfo

Sarónico (hoy golfo de Atenas) cuyo libertinaje corre acorde con Corinto en su conjunto. Allí se retira a una playa alejada, sin más compañía que la naturaleza y la oscuridad. No es casual. La noche siempre promete el día; el alma en sombras recuperará su claridad con el amanecer:

“Sobre la hora del primer relevo nocturno, me despertó una súbita pesadilla: veo el disco de la luna llena, que en aquel instante salía del seno de las olas irradiando un vivo resplandor. Me sentí al amparo de la sombra, del silencio y del recogimiento nocturnos; creí además en la augusta diosa y en su soberano poder; me convencí de que su providencia rige a su albedrío los destinos humanos y que, tanto los animales domésticos como las fieras indómitas y hasta la misma naturaleza inanimada, todo subsiste por la divina influencia de su luz y de su bendito beneplácito (...)” (XI. 1. 1-2).

Noche, luna llena, playa, soledad, sueño, son los primeros ingredientes en este Lucio que está a punto de volver a su forma inicial. El paisaje inconmensurable y líquido se condice con la infinitud de la diosa próxima a corporizarse y con el agua lustral imprescindible para el rito, agua que además simboliza la purificación y la regeneración.

El segundo paso, inmediato, será el ruego:

“(...) dado que el destino ya estaba satisfecho con tantos y tan graves desastres como me había infligido y que, aunque tarde, me ofrecía una esperanza de salvación, decidí implorar la veneranda imagen de la diosa que tenía a la vista. Me sacudo enseguida de encima el sopor y la pereza; me levanto alegre y decidido; con ansias de purificarme inmediatamente, me tiro al mar, hundo la cabeza bajo el agua por siete veces, ya que ese número es el más adecuado a cualquier rito, según el divino Pitágoras. Luego, con lágrimas en los ojos dirijo a la diosa omnipotente la siguiente súplica” (I. 1. 3-4).

El puente de entendimiento es personal. A solas, en actitud de entrega y obediencia, el hombre acude a la diosa ... pero ella lo está esperando. Lucio reconoce la necesidad de una pureza interior, paralela a una exterior (de allí el agua que lo purifica siete veces). Acata los elementos fundamentales del culto, esto es, la actitud de sumisión (*subiectio*), la adoración (*latreia*), la dedicación a la divinidad (*devotio*) y las reacciones emocionales ante “lo tremendo” y “fascinante” de lo sagrado y lo numinoso del misterio.

Si entendemos por devoción el conjunto de ejercicios de oración y prácticas religiosas que han alcanzado cierta expresión social y

organizativa, el magnífico *carmen sacrum* (XI. 2) con el que Lucio la invoca tiene ribetes inolvidables de sentimiento piadoso. Es, en primer lugar, “*Regina caeli*”. Él mismo menciona la fusión de Isis con Ceres, Venus, Diana, Prosérpina, pero le ruega encarecidamente su asistencia espiritual, cualquiera sea su forma -única o múltiple-, “sea cual fuere el nombre, sea cual fuere el rito, sea cual fuere la imagen que en buena ley hayan de figurar en tu advocación” (XI. 2. 3.).

La impetración en cuanto tal supone insistencia, que se refleja estilísticamente en comparación, metáfora, sinonimia, enumeración, repetición, paralelismo, antítesis, epítetos venerables. Los cuatro pedidos se ordenan en una jerarquía desde lo meramente físico a lo espiritual superior: despojarse de su cárcel de cuadrúpedo, recuperar a su familia, recobrar su personalidad de Lucio y, si no es lícita la petición, entonces preferible es morir. De allí que, si la transmutación es la metamorfosis en sentido ascendente, Lucio ha iniciado aquí su camino de conversión.

Por de pronto, agotados lamentos y plegarias, el joven retoma el sueño. La ocasión se vuelve propicia para una visión onírica esplendorosa. Lucio penetra de este modo en niveles superiores y trasciende la condición humana. Para evaluar la calidad extraordinaria del sueño, es necesario atender a parámetros claves: la persona soñante, el valor de las imágenes oníricas y las circunstancias del sueño. Pues bien, los tres son prodigiosos.

El narrador es consciente de que el lenguaje humano es demasiado limitado para la expresión de lo inefable, y en amorosísima descripción intenta dar testimonio, por lo menos parcial, de la venerable imagen que se yergue ante él. Para ello, recorre la belleza celestial mediante imágenes pormenorizadas, gracias a las cuales descubrimos su cabellera coronada, la frente que adornan un disco plano, víboras y espigas; su túnica multicolor, atributos como el sistro y una naveta de oro, sus pies y sandalias.

El imperio de Isis excede un único nombre (en implícita respuesta a la invocación de Lucio) y se produce un mutuo reconocimiento:

“Aquí me tienes, Lucio; tus ruegos me han conmovido. Soy la madre de la inmensa naturaleza, la dueña de todos los elementos, el tronco que da origen a las generaciones, la suprema divinidad, la reina de los Manes, la primera entre los habitantes del cielo, la encarnación única de dioses y diosas; las luminosas bóvedas del cielo, los saludables vientos del mar, los silencios desolados de los infiernos, todo está a merced de mi voluntad; soy la divinidad única a quien venera el mundo entero bajo múltiples formas, variados ritos y los más diversos nombres” (XI. 5).

Lucio se salvará sólo por la indulgencia divina con una condición: obedecer fielmente los augustos mandatos. El marco es la celebración que inaugura la temporada de navegación por el Mediterráneo: Se ofrecen primicias y la llamada “barca de Isis”, recién construida y consagrada a ella, es lanzada al mar (XI 5. 3. y 16. 6-10).

Por inspiración de tan excelso auxilio, una corona de rosas adornará el sistro que sujeta el sacerdote con la mano derecha. El hombre-asno deberá abrirse paso entre los creyentes y unirse a la comitiva con incondicional recogimiento. Dando un mordisco a las flores, conseguirá al fin desprenderse de su detestable figura, del “horrible disfraz que llevas encima” (XI 6. 4). Isis suma una orden más: deberá dedicarse a su servicio. La diosa es categórica: de su mano conseguirá la felicidad en la tierra y después de esta vida.

“Y si tu escrupulosa obediencia, tus piadosos servicios y tu castidad inviolable te hacen digno de mi divina protección, verás también que sólo yo tengo atribuciones para prolongar tu vida más allá de los límites fijados por tu destino.” (XI 6. 7)

En ágil ritmo se suceden el desvanecimiento de la imagen, un sentimiento mixto de temor y alegría, abundante sudor, admiración, un nuevo baño en el mar, repaso de las instrucciones, llegada de una mañana diáfana y agolpamiento creciente de una feliz muchedumbre rebosante de paz y felicidad. La naturaleza circundante, descrita otra vez con detenimiento, participa ella también de la festividad, lo mismo que todo el cortejo, del que se enumeran varias de las escoltas en profusión de formas, colores, sonidos, aromas ... , primero las personas corrientes, luego la clase sacerdotal y finalmente las representaciones de los dioses (XI 8-11). Desde el punto de vista literario, para el lector ya un tanto impaciente por la ansiada metamorfosis, este paréntesis imponente crea más expectativa, pero también da mayor realce a la irrupción de Lucio en una ceremonia religiosa de tamaña envergadura.

Comentario final

La conversión final de Lucio es un faro sin parangón en la literatura latina, máxime si recordamos que el texto comienza diciendo a su eventual lector: “*At ego tibi sermone isto Milesio varias fabulas conseram auresque tuas benivolas lepido susurro permulceam*”, esto es, “Quiero hilvanar para ti, en esta charla milesia, una serie de variadas historias y acariciar tu oído benévolo con un grato murmullo” (I. 1. 1.).

El género en el que enmarca la vida, avatares y vicisitudes del joven y distinguido mercader de Corinto, esto es, la “fábula milesia”, redonda en un fuerte y significativo contraste con la última decisión de Lucio. Este género menor se caracterizaba por su contenido altamente picaresco y erótico, reñido con la moral y las buenas costumbres a las que ahora adhiere el hombre renovado.

Es elocuente asimismo su metamorfosis en asno, cuando él ha intentado tan luego ser pájaro, forma más noble que adopta Isis en varios relatos. En Egipto este cuadrúpedo era detestado no solo por su pelaje rucio sino también porque se lo consideraba “tifoniano” (junto con el antílope, el cerdo, el escorpión, el hipopótamo y otras bestias del desierto), esto es, encarnación del mal, la ignorancia y el error) y se creía que el hermano asesino de Osiris (Set) y sus secuaces se habían refugiado en los cuerpos de estos animales para burlar la persecución del victorioso Horus. Es más, “en Busiris, Abydos y Lycópolis aborrecían las trompetas porque les recordaban el rebuzno del asno, y para indicar algo de escasa duración lo comparaban al galope del burro”. Jung comenta que, debido a su celo permanente, era el animal más aborrecido por la diosa.

Pues bien, en el texto ella determina: “te quitarás de encima la piel de ese maldito animal que, ya hace tiempo, me resulta inaguantable” (XI 6. 2), y será la primera medida de cambio que tome a favor de Lucio en la vuelta a su ser de hombre (13. 3).

Finalmente, el ascenso espiritual: ni nacimiento ni méritos ni saber han servido a Lucio (15. 1); su crecimiento espiritual contrasta con esa sociedad embotada éticamente y ciega a todo ideal. Contrasta también con el objetivo único de entretener explicitado al comienzo de la obra, y se eleva, genial, a la meta propia de la literatura clásica, dicha en términos latinos, el *docere delectando*.

Bibliografía

- ADLINGTON, W. (1967⁸) *Apuleius. The Golden Ass*. London: Harvard University Press.
- COLE BABBITT, Frank (1957²) *Plutarch's Moralia* (t. V). Cambridge-Massachusetts: Harvard University Press, 3-191.
- MORÁN, JOSÉ (1965²) *Obras de San Agustín* (v. XVI). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- NAVARRO GONZÁLEZ, JOSÉ LUIS (1988) *Luciano. Obras* (vol. II). Madrid: Gredos.
- Rubio Fernández, Lisardo (1978) *El asno de oro*. Madrid: Gredos.
- Bibliografía
- AZCÁRATE, ANDRÉS (1979⁸) *La flor de la liturgia renovada*. Buenos Aires: Claretiana.
- Errandonea, Ignacio (dir.) (1954) *Diccionario del mundo clásico* (vol. I). Madrid: Labor.
- GRIMAL, PIERRE (1984) *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós-Ibérica.
- GUIRAND, FÉLIX (dir.) (1960) *Mitología general*. Barcelona: Labor.
- HART, GEORGE (1994) *Mitos egipcios*. Madrid: Akal.
- HORNBLOWER, SIMON & ANTHONY SPAWFORTH (1996³) *The Oxford Classical Dictionary*. Oxford-New York: Oxford University Press.
- JUNG, CARL G. (1969) *El hombre y sus símbolos*. Madrid: Aguilar.
- MARTÍN, RENÉ (1998) *Diccionario de la Mitología Clásica*. Madrid: Espasa Calpe.
- MIRALLES, CARLOS (1968) *La novela en la antigüedad clásica*. Barcelona: Labor.
- PRAMPOLINI, GIACOMO (1969) *La mitología en la vida de los pueblos* (vol. I). Barcelona: Montaner y Simón.
- RUIZ DE LA PEÑA, JUAN LUIS (dir.) (1996) *Sapientia fidei. Serie de Manuales de Teología*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- SAINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS (1958) *Ensayo de un diccionario mitológico universal*. Madrid: Aguilar.

Faith as a possibility for redemption in the pagan world: the case of Lucius

This work analyzes the rise and fall of man, through a personal dialog with *Apuleyus* and *The Golden Ass*, the only Latin novel that has been preserved in full.

The text is a series of unusual human errors and stumblings, where man's worst features, the basest and most depraved ones, appear plainly and openly.

That is certainly why, when the leading character takes back his own shape, he is not content with having re-gained his previous look: he has experienced so many transgressions to humankind order and dignity, that his most significant metamorphosis implies a spiritual rise, thanks to his encounter –splendid, memorable– with Isis, that deity “of most varied names” (XI 5), whose popular and fervent cult had already gone beyond Egyptian borders.

The end of the story is the beginning of a new life. *Lucius* (and *Apuleyus*?) becomes a real hero, initiated in the mysteries of the great queen and mother. And the following question is then posed: May man rise to supreme categories without the aid of faith?